

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ: *Pasajeros de Indias (viajes transatlánticos en el siglo XVI)*. Alianza Editorial, Madrid, 1983.

El curioso relato que nos hace José Luis Martínez en su libro «Pasajeros de Indias» nos acerca de manera pormenorizada a las vicisitudes que rodeaban los viajes al Nuevo Continente durante el siglo XVI.

Los cuatro primeros capítulos nos sitúan ante las cuatro primeras dificultades que nos permiten comprobar la todavía lejana invención de los viajes turísticos:

1) El primer obstáculo ya lo constituía la llegada al lugar de embarque (Sevilla), para la cual se precisaban ciertos medios de los que no todos disponían. Los escasos e intransitables caminos hacían más penoso el traslado, por lo que poco a poco se fue mejorando la infraestructura viaria, completándola con la instalación en su paso de precarios mesones y ventas.

2) La segunda dificultad estribaba en conseguir el permiso de traslado que debía expedir la Casa de Contratación, la cual, si bien en un principio lo hacía sin dificultad para fomentar el poblamiento de las Indias, luego se hicieron más rigurosos, exigiendo certificados de buena conducta, no ser gitano, ni esclavo, etc. También tenían restricciones especiales las mujeres, extranjeros (menos severas con la llegada de Carlos V) y religiosos.

3) Un nuevo problema lo constituía el pago del pasajero (no estipulado hasta la hora de embarque).

4) Pero lo más dificultoso para el pasajero era el hecho de tener que llevar consigo todo cuanto necesitase para su persona y alimentación (la tripulación se proveía en conjunto), de lo cual se surtían en el lugar de embarque —casi siempre escaso en provisiones— y todo tipo de enseres para cocinar, así como ajuar completo para dormir.

El acomodo de los pasajeros y su múltiple equipaje (incluso para tres meses) venía a engrosar la lista de problemas. Mención especial merece la dificultad que entrañaba la adaptación a esa nueva forma de vida excesivamente dura e incómoda, que resultaba calamitosa cuando el viaje se alargaba imprevisiblemente. Pero estas penosas travesías eran algunos ratos olvidadas gracias a improvisadas diversiones, como teatro, peleas de gallos, cartas, pesca, etc., aunque en realidad se ansiaba oír el grito de «¡tierra!», preparándose cada uno con sus mejores galas para recibirla. A partir de 1569 serán los comisarios del Santo Oficio los primeros en subir a la nave para controlar y censurar libros, idioma, pasajeros, etc.

Hay dos cuestiones más que deberíamos incluir en un grupo de riesgos que tenía que afrontar el pasajero no pocas veces: se trata de la piratería y los naufragios. La primera tenía diversos orígenes, como, por ejemplo, la codicia, la debilidad, la desorganización, las guerras, etc. Los atacantes podían ser de tres tipos: el pirata (es el que roba en el mar), el corsario (efectúa los robos con la patente de su gobierno) y el bucanero (auténtico salvaje). Esta práctica fue aumentando con el tiempo y por ello los cargamentos (sobre todo de metales preciosos) se organizaron en convoyes protegidos por barcos de guerra y algunas veces galeras. Los primeros corsarios fueron franceses (pronto se decidirían también a atacar directamente los puertos), y más tarde serían imitados por los ingleses, etc.

El riesgo de los naufragios estaba, tal vez, un poco más lejano y los relatos que sobre ellos conocemos no dejan de ser testimonios aislados y pintorescos.

Pero a pesar de todas estas dificultades, es bien cierto que la afluencia a las nuevas tierras iba en aumento por las enormes posibilidades que éstas ofrecían. Las naves tuvieron que adaptarse a la creciente demanda haciéndose más grandes y mejor dotadas, para lo que contaron con una tripulación mucho más preparada. En principio, los instrumentos de navegación eran mínimos: el viento o los remos y la técnica adquirida, pero poco a poco fueron mejorándose con la invención de la brújula, la sonda, el astrolabio, los mapas marinos, etc. Con todo ello aumentó más aún el comercio y la emigración, pudiéndose afirmar que si bien en un principio las Indias dependían de España, en la segunda mitad del XVI España se volvió cada vez más dependiente de las Indias (que pasaron a ser financiadoras de las empresas europeas de Carlos V).

El gran contingente humano aportado por los europeos hizo aumentar la población mestiza y disminuir la indígena. Estos eran en su mayoría españoles (andaluces, extremeños y de las dos Castillas sobre todo) y constituían un grupo variopinto formado por sirvientes, mercaderes, marineros, clérigos, etc. Cuando la emigración española se generalizó, la franja del Este permaneció intocada, ya que por su mayor lejanía apenas se contagió de la aventura del Nuevo Mundo.

Mención especial merece la masiva importación de negros que vinieron a conformar el argot esclavista iniciado al extinguirse la población indígena con los abusos de los colonizadores. Estos esclavos constituyeron un rentable modo de producción, al que no se puso fin hasta bien entrado el siglo XIX.

En suma, la llegada de europeos, esclavos, etc., unida a la población indígena, hacen de América un país étnicamente muy variado,

lo cual le ha traído no pocos problemas de confrontaciones, rebeliones, etc.

Todo el entramado de los primeros viajes al Nuevo Mundo cobra luz de manera ágil y amena a través de las líneas de este libro, en el que su autor nos descubre pequeños secretos y curiosidades lejanos a la mentalidad de nuestros días. El ansia de mejorar, de superarse, etc., lleva a las gentes masivamente a «cruzar el charco», y todas las penurias que este traslado traiga consigo serán superadas con esperanza en una vida mejor.

MARÍA ROSA GÓMEZ FERNÁNDEZ

MARIENSTRAS, ELISE: *La resistencia india en los Estados Unidos*. México, S. XXI Editores, 1982. 248 págs.

Pocas imágenes han sido más deformadas por los canales de información que la de todas las tribus indígenas que habitaban en la mitad norte de América. Bajo un concepto tan vago y despectivo como «pieles rojas» se ha aglutinado un numeroso grupo de poblaciones que han sufrido y sufren una dura represión.

¿A quién corresponde la investigación de este proceso? Los interesados han sido muchos. Por un lado se cuenta con la ingente aportación de los antropólogos; pero nunca se debe despreciar la labor de numerosos historiadores norteamericanos y europeos interesados en el tema, como es el caso de Elise Marienstras.

En ese sentido, el interés que ofrece esta pequeña obra es muy grande, ya que es un claro ejemplo de una modalidad de investigación casi desconocida en España: la Etnohistoria. Como bien señala el autor, este tipo de investigación está a caballo entre la etnología y la historia, porque si bien fueron etnólogos sus creadores, son ahora los historiadores los que empiezan a dar los pasos más atrevidos. «La Etnohistoria trata de cambiar el estudio interno de las sociedades tribales en su modo de subsistencia, sus estructuras de parentesco, sus instituciones y sus formas culturales con el examen de una evolución que se produjo simultáneamente bajo un impulso autónomo y como reacción a los factores externos de perturbación»; con esa definición del propio autor es fácil comprender cómo la Etnohistoria se ve obligada a utilizar numerosas fuentes, ya sean de origen indígena o colonial, tanto procedentes de sus costumbres como de sus documentos, por ejemplo. Esto crea paralelamente, con excesiva frecuencia, una inclinación a creer y utilizar sus métodos como dogmas, cosa que creo que está muy lejos de la realidad.